DE VEGA

SAGRADA PASION DE NUESTRO SENOR JESUCRISTO

PQ
6455
.A35
R7
1918

SAINT PETER'S COLLEGE LIBRARY
JERSEY CITY, NEW JERSEY 07306

SAINT PETER'S COLLEGE LIBRARY
JERSEY CITY, NEW JERSEY 07306

Romances de Lope de Vega

A LA

Sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

Student Library
87
JERSEY CITY
ST. PETER'S COLLEGE

1918
Administración de «El Mensajero del Corazón de Jesús»
BILBAO

861
V52
C.2

ES PROPIEDAD

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

LA EDITORIAL VIZCAINA, HENAO, 8.—BILBAO.

A LA DESPEDIDA

DE CRISTO NUESTRO BIEN

DE SU SANTÍSIMA MADRE

Los dos más dulces esposos,
los dos más tiernos amantes
los mejores madre e hijo,
porque son Cristo y su Madre,
tiernamente se despiden
tanto, que sólo en mirarse
parece que entre los dos
se están repartiendo el cáliz.
—Hijo, le dice la Virgen,
¡ay, si pudiera excusarse
esta llorosa partida,
que las entrañas me parte!
A morir vas, Hijo mío,
por el hombre que criastes;
que ofensas hechas á Dios
sólo Dios las satisface.
No se dirá por el hombre
quien tal hace que tal pague,
pues que vos pagáis por él
al precio de vuestra sangre.

Dejadme, dulce Jesús,
que mil veces os abrace,
porque me deis fortaleza
que a tantos dolores baste.
Para llevaros a Egipto
hubo quien me acompañase
mas para quedar con vos,
¿quién dejáis que me acompañe?
Aunque un ángel me dejáis,
no es posible consolarme;
que aunsencia de un Hijo Dios
no puede suplirla un ángel.
Ya siento vuestros azotes
herir vuestra tierna carne;
como es hecha de la mía,
hace que también me alcance.
Vuestra cruz llevo en mis hombros,
y no hay pasar adelante,
porque os imagino en ella,
y aunque soy vuestra, soy madre—.
Mirando Cristo a María
las lágrimas venerables,
a la Emperatriz del cielo
responde palabras tales:
—Dulcísima madre mía,
vos y yo dolor tan grande
dos veces le padecemos,
porque le tenemos antes.
Con vos quedo, aunque me voy;
que no es posible apartarse
por muerte ni por ausencia
tan verdaderos amantes.

Ya siento más que mi muerte
el ver que el dolor os mata;
que el sentir y el padecer
se llaman penas iguales.
Madre, yo voy a morir,
porque ya mi Eterno Padre
tiene dada la sentencia
contra mí que soy su imagen.
Por el más errado esclavo
que ha visto el mundo ni sabe,
quiere que muera su Hijo;
obedecerle es amarle.
Para morir he nacido:
él me mandó que bajase
de sus entrañas paternas
a las vuestras virginales.
Con humildad y obediencia
hasta la muerte ha de hallarme.
La cruz me espera, Señora,
consuéleos Dios; abrazadme—.
Contempla a Cristo María,
alma, en tantas soledades,
que ella se queda sin hijo,
y que él sin madre se parte.
Llega y dile: Virgen pura,
¿queréis que yo os acompañe?
Que si te quedas con ella,
el cielo podrá envidiarte.

AL LAVATORIO DEL FALSO APOSTOL

Besando está Jesucristo
de un hombre infame los pies,
después de haberlos lavado
y regalado también.
Como eran los pies autores
de aquella traición cruel,
con la boca está probando
si los puede detener.
¡Oh besos tan mal pagados!
Mi vida, no los beséis,
pues sólo para que os prendan
os han de besar después.
¡Oh estéril planta perdida,
que regada por el pie,
y dándole el sol de Cristo,
no tuyo calor de fe!
Los pies le laváis, Señor;
pero si os han de vender,
¿cómo pueden quedar limpios,
aunque vos se los lavéis?
De aquellos que vos laváis,
decía un profeta rey,
que más que nieve serían,
y en estos pies no lo fué.
Mas no lo quedar el dueño
no estuvo en vos, sino en él,
que mal puede sin materia
imprimir la forma bien.

¡Oh soberana humildad!
¿quién no se admira que esté
el infierno sobre el cielo,
que es más que el mundo al revés?
Nunca en la Iglesia de Cristo
los hombres pensaron ver
que esté el pecador sentado
y el sacerdote a los pies.
Hoy parece un falso apóstol
más soberbio que Luzbel;
que el otro quiso igualarse,
y éste más alto se ve.
—Amigo, entre sí le dice,
¿cómo me quieres poner
en manos de mi enemigo
por tan pequeño interés?
La forma tengo de siervo
porque le dijo a Gabriel
mi Madre que ella lo era,
y desde allí lo quedé.
Pero es el precio muy poco,
y partes en mí se ven,
que al fin por treinta dineros
es lástima que las des.
Hijo soy de Dios eterno,
y tan bueno como él,
de su sustancia engendrado,
y con su mismo poder.
Con las gracias que hay en mí
mudos hablan, ciegos ven,
muertos viven; que tú sólo
no quieres vivir ni ver.

Mi hermosura aquí la miras,
mis años son treinta y tres,
que a un dinero por año
no has querido que te den.
Aunque es mi Madre tan pobre,
que te diera, yo lo sé,
más que aquellos mercaderes
de la sangre de Josef.
¿Cómo diste tan barato
todo el trigo de Belén,
pan que la tierra y el cielo
se han de sustentar con él?
¿Qué condero aquestas pascuas
para la ley de Moisés
no valdrá más que yo valgo,
siendo de gracia mi ley?—
Dulce Jesús de mi vida,
más inocente que Abel,
no lavéis más estas plantas:
piedras son, que no son pies.
Quitad la boca, Señor,
de este bárbaro infiel,
y esas manos amorosas
en nuestras almas poned.
Porque labradas de vos,
vayan con vos a comer
ese cordero divino
a la gran Jerusalén.

A LA ORACIÒN DEL HUERTO

Hincado está de rodillas
orando a su Padre inmenso
el que a su diestra sentado
juzgará vivos y muertos.
Como ha de morir en monte,
en el monte está el Cordero,
para ver, pues dió la hostia,
el cáliz donde la ha puesto.
A las palabras que dice
las peñas se enternecieron;
que a penas de Dios las peñas
saben hacer sentimiento.
De ver a Dios de rodillas
se está deshaciendo el suelo,
aunque a los rayos del Padre
se huelga de verle en medio.
Si dice Dios que su alma
tristeza está padeciendo,
¿cómo ha de ver cosa alegre
en la tierra ni en el cielo?
Que para verificarse
que era hombre verdadero
fué menester que su carne
tuviese a la muerte miedo.
Al fervor de la oración
sudó sangre todo el cuerpo;
que sus delicados poros
quedaron todos abiertos

Aquel bálsamo precioso
cogió la tierra en su seno;
que como es hijo del hombre,
quiere guardar su remedio.
Echóse en la tierra Cristo,
su rostro la deja impreso;
que es de amantes dar retratos
cuando se están despidiendo.
Al Padre vuelve la espalda
para que en sus hombros tiernos
den los rayos de su ira,
no al suelo que está cubriendo.
En fin, volviendo la cara,
de su mismo Padre espejo,
movió el cielo con la voz
a lástima y a silencio.
«*Pase este cáliz de mí,*
si es posible; Padre eterno;
mas no se haga la mía;
tu voluntad obedezco».
Crecieron tanto las ansias,
que fué menester que luego,
rompiendo un ángel los aires,
bajase á darle consuelo.
¡Ay Jesús de mis entrañas!
¿cómo habéis venido a tiempo
que os consuelen, siendo Dios,
las criaturas que habéis hecho?
¿Adónde estáis, Virgen pura?
que a falta vuestra, los cielos
un ángel a Cristo envían;
llegad y esforzarle presto

Decidle:—Dulce Hijo mío,
cuando ayunasteis vinieron
mil ángeles a esforzaros
con soberano sustento.
Cuando nacisteis bajaron
dos mil ejércitos bellos;
y cuando vais a morir,
uno sólo viene a veros—.
Limpiadle, Virgen piadosa,
la sangre con los cabellos;
y pues le deja su Padre,
vea a su madre a lo menos.
Id vos con ella, alma mía,
entrad también en el huerto,
no sospechen que os quedáis
con el que viene a prenderlo.
Decidle: Dulce Jesús,
aquí estoy al lado vuestro
para padecer con vos,
no para negaros luego.
Vámonos presos los dos,
pues vais por mis deudas preso.
Cinco mil son los azotes:
muchos son, partir podemos

A CRISTO EN CASA DE ANAS

Un ejército furioso,
todo de testigos falsos,
donde es capitán la envidia,
y el alférez es engaño,
de acero, miedo y mentiras,
para sólo un hombre armados,
a Cristo presenta Anás,
puesto a la garganta el lazo.
—¿Quién eres, hombre? le dice.
¿De qué vives? ¿qué es tu trato?
¿Qué discípulos te siguen?
¿En qué ciencias eres sabio?—
Jesús, de paciencia ejemplo,
responde los ojos bajos,
con ser el más alto espejo
de su Padre soberano:
—*Yo siempre hablé claramente,*
con mi doctrina enseñando
en público; que en secreto
no es la comisión que traigo.
¿Qué me preguntas a mí?
pues que puedes preguntarlo
a tantos que me han oido
que ellos saben lo que trato—.
—*¿Así respondes?*—le dijo.
Alza la mano un soldado,
y dió a Cristo un bofetón
que dejó el cielo temblando.

—*Si hablé mal, da testimonio,*
responde el Cordero manso
y si bien, ¿por qué me hieres?
¡Ay; cielos, vengad mi agravio!—
Angeles, ¿como no fuisteis
juntos a tenerle el brazo,
pues por menores ofensas
quitasteis la vida a tantos?
Por un arca abrasó el cielo
a los sacerdotes sacros,
¿y por la cara de Cristo
no se mueve sólo un rayo?
Ni la cara se defiende,
con ser tan extraño caso
poner la mano en el sol,
sin abrasarse la mano.
Cayó del cielo Luzbel,
pero no subió tan alto,
que lo que hizo con Cristo,
fué no querer adorarlo.
¿Ay, serenísima Virgen!
¿con qué amor, para estorbarlo,
pusiérades vuestro rostro
a la sacrílega mano?
Cómo dijérades vos:
si mi Hijo te ha enojado,
amigo, hiere mi rostro,
no toques su rostro santo!
¡Oh hermosa Reina del cielo!
¡Si viérades vos los labios,
a quien vuestra leche disteis,
todos de sangre bañados!

Y aquellos hermosos dientes
al fiero golpe temblando,
¡qué sintiera vuestro pecho
si se rompen los de mármol!
A vos os dieron también,
que golpe de aquel ingrato
fué trueno al rostro de Cristo
y a vuestras entrañas rayo.
Porque vos y vuestro hijo
sois instrumentos templados,
que cuando tocan el uno
el otro está resonando.
Cristo mío de mi vida,
¡cómo, si yo soy esclavo,
señalan tu hermoso rostro
los dedos de aquella mano!
Bendiga tu amor el cielo,
que yo, mi Jesús, no basto;
pues siendo los yerros míos,
quieres Tú tener los clavos.
Bien mío, yo te prometo,
si es tu bofetón agravio,
de vengarle en mi persona,
tus azotes imitando,
y de perdonar por Tí
a quien me hubiere injuriado,
imitando la respuesta
de tus labios soberanos.
Dejónos Adán un libro,
a quien del duelo llamaron
sus míseros descendientes,
que por él tuvieron tanto

Con esas mortales iras
dan los errores humanos
en vestir de honor al mundo
la venganza del agravio.
Mas ya, divino Señor,
que el libro nos has dejado
de tu soberano rostro
abierto de aquella mano,
Perdonaremos injurias,
pues Tú nos has enseñado
a pedir que nos perdonen
del modo que perdonamos.

A LOS AZOTES

Miró Juan por la ventana
de la casa del juez
puesto en la columna a Cristo,
su Maestro y nuestro bien.
Las manos que el cielo hicieron,
atadas con un cordel
en un aldaba de hierro,
que yerro del hombre fué,
y que porque a las espaldas
el hierro no alcanza bien,
tiene los brazos cruzados
para que sin cruz no estén.
Mira que vuelve el Cordero
la piedra en jaspe, después
que con cinco mil azotes
le desollaron la piel.
Y que enternecido el mármol
cera se quisiera hacer,
y pues es más duro el hombre,
ataron a Dios a él.
Razón el mármol tenía,
porque cuantos le ofendéis,
mármoles sois, en que azotan
a Cristo Santo otra vez.
Viendo, pues, al sacerdote,
divino Melquisedech,
cubierto de cardenales
de la cabeza a los piés,

con tierno llanto le dice
su secretario fiel:
—¿Qué es aquesto, Jesús mío?
¡Ay de los ojos que os ven!
De azucena os habeis vuelto
tan despojado clavel,
que os valéis del ser de Dios
para teneros en pie.
Pensé llamar vuestra Madre;
mas, Señor, ¿cómo podré
dar a sus tiernas entrañas
un cuchillo tan cruel?
Aunque de su fortaleza
no tenga yo que temer,
que si estáis en la columna,
columna es ella también.
Porque vuestro Eterno Padre,
con su divino saber,
de tales columnas hizo
la puerta de Ezequiel.
¡Qué bien hicisteis, Señor,
que fuese muerto José,
que con ser padre adoptivo,
no hubiera fuerzas en él!
De veros en un pesebre
lloraba el Viejo en Belén:
¿qué hiciera si tales viera
vuestros años treinta y tres?
Gran crueldad hizo el amigo
que cenó con vos ayer,
pues todo el valor del cielo
dió por tan poco interés.

Los que ayudaros juraron,
lo cumplen tan al revés,
que hasta los gallos que cantan
dicen que les falta fe.

Si en vuestro pecho dormí,
hacedme, Señor, merced
que vele con él ahora
y me regale con él.

Que si bebí vuestra sangre
y vuestro cuerpo cené,
cuando queráis darla toda,
razón será que os la dé;
pues soy el más regalado,
y en fin, el que más queréis,
beba del cáliz agora,
que vos sabéis si podré.

Cumplir quiero mi palabra,
que agora no me diréis
que no sé lo que me pido,
pues morir, no reinar es—.

Esto dijo a Cristo Juan.
Alma, llorad, y tened
lástima de ver que azotan
por los esclavos al Rey.

A LA CORONA DE ESPINAS

Coronado está el Esposo,
no de perlas ni zafiros,
ni de claveles ni flores,
sino de juncos y espinos.
Su santísimo cerebro
le traspasan atrevidos,
fruto que nos dió la tierra,
desde que Dios la maldijo.
Mas lo que causa dolor,
es ver que se hayan subido
desde las plantas de Adán
a la cabeza de Cristo.
De zarzas está cercado
aquel soberano trigo,
que el espíritu de Dios
sembró en el campo virgíneo.
Entre las espinas verdes,
para mayor sacrificio,
el cordero de Abraham
está esperando el cuchillo.
Ya las damas de Sión
al rey Salomón han visto
con el día de sus bodas,
coronadas de jacintos.
¡Ay, divino Dios de amor!
Cupido santo, escupido
de aquellas infames bocas,
más fieras que basiliscos.

Venda os ponen en los ojos,
que quieren, Rey infinito,
que seáis Jesús vendado,
pues fuisteis José vendido.
Para daros golpes fieros
os cubren, porque imagino
que como sois tan hermoso,
no se atreven sin cubriros.
Los hombres, Señor, os niegan,
que piensan que sus delitos
no verá quien, siendo Dios,
ve los pensamientos mismos.
Para daros bofetones
el hombre os hace adivino,
pues dice que adivinéis
las manos que os han herido.
Yo he sido, dulce Jesús,
yo he sido, dulce bien mío,
quien en vos puso las manos
con mis locos desatinos.
Yo soy por quien os arrancan
esos cabellos benditos,
que diera el cielo por ellos
todos sus diamantes ricos.
Si viera, dulce Señor,
la Virgen, que cuando niño
los peinaba y regalaba,
arrancallos y escupillos,
mas que cabellos os quitán
diera tan tiernos suspiros,
que los ángeles lloraran
y temblara el cielo empíreo.

Una vez os vió la esposa,
como las rosas y lirios,
a sus puertas con el alba
coronado de rocío.
¿Cómo llamaréis ahora
al alma que está en sus vicios,
lleno de sangre que corre
sobre los ojos divinos?
¿Cómo podrá responderos,
ni dejará de seguiros,
si estáis de sangre cubierto,
porque tiene los piés limpios?
Llorad, alma, que los ojos
que han de miraros benignos,
sangriento eclipse padecen
que en el sol muestra castigo.
Mirad que quieren sacarle,
y que dice el pueblo a gritos:
«Muera Jesús, viva el hombre
con mil hurtos y homicidios».
No seáis tan dura fiera
que entre tantos enemigos,
pidáis que viva un ladrón,
y que den la muerte a Cristo.

AL ECCE-HOMO

El juez más lisonjero
que a su príncipe lo ha sido,
por interés de su gracia
y por no perder su oficio,
en un balcón de su casa,
azotado y escupido,
para que el pueblo le vea,
puso al inocente Cristo.
Después de noche tan fiera,
amaneció el sol teñido
de sangre, y en vez de rayos,
puntas de juncos y espinos.
A las llagas de su cuerpo
pegado un rojo vestido,
que también le hicieran rojo
si fueran blancos armiños.
—*Veis aquí*, les dice, *el Hombre*»,
a quien desde el cielo dijo
con su voz el Padre Eterno,
«este es mi Hijo querido»;
—*¡Aquí le traigo enmendado!*
¡Oh, qué extraño desatino!
Enmendar su Hijo a Dios,
tan bueno y tan infinito.
—*Quita, quita*—, le responden
viejos, mancebos y niños;
—*muera, muera muerte infame,*
pues Hijo de Dios se hizo—.

¡Ay, Jesús, Hijo de Dios!
que este nombre y apellido
no le tenéis hurtado,
pues sois igual con Dios mismo.
Virgen santa, decid vos
lo que el ángel os ha dicho,
y de Cristo los profetas
dijeron por tantos siglos.
Y que ese preso azotado
es aquél que cuando niño
adoraron los tres Reyes,
y vos llevasteis a Egipto.
Abonadle, Virgen bella,
decid que de Dios es Hijo;
que puesto que sois su Madre
bien valéis para testigo.
Abonada sois, Señora,
todo el bien de vos nos vino;
bienaventurada os llaman
cuantos son, serán y han sido.
Decid vos que es el Cordero,
Bautista, aunque sois su primo,
que quien por verdades muere,
bien merece ser creído.
Decid, ángeles hermosos:
éste es el mismo que vimos
nacer, de amor abrasado,
aunque temblando de frío.
Decid, Pedro, Juan y Diego,
que a su Padre habéis oído
que es su Hijo, en el Tabor.
si el miedo os deja decillo.

Llegad presto, que dan voces
en aquel falso concilio,
para que la vida muera,
que es Dios sin fin ni principio.
¡Ay, Vírgen! mirad que quitan
a un fiero ladrón los grillos,
y a Jesús ponen al cuello
la soga de mis delitos.
Paréceme que decís:
—gloria de los ojos míos,
más quiere el mundo un ladrón
que a vos, Cordero divino—.
Mientras le dan la sentencia,
alma, con tristes suspiros,
decid a su Padre Eterno
que se duela de su Hijo.
Señor, aquí está el esclavo,
yo soy de la muerte digno;
pero está cerrado el cielo,
no querrá su Padre oíros.
Y más que si vos causáis
su muerte, estará ofendido
de que habléis por su inocencia,
siendo dueño del delito.
Volved a la Virgen santa
y acompañad su martirio,
que también mata el dolor
donde no llega el cuchillo.

A LA CRUZ A CUESTAS

La leña del sacrificio
lleva en sus hombros Isaac,
aunque no ha de bajar ángel
a detener a Abrahám.
Que el puro manso Jesús,
que el Bautista en el Jordán
llamó Cordero de Dios,
se quiere sacrificar.
El que entre Moisés y Elías,
vieron Pedro, Diego y Juan,
en la cumbre del Tabor,
lleno de luz celestial;
ese mismo a un monte triste,
no lejos de la ciudad,
porque piensen que es ladrón,
entre dos ladrones va.
Un madero al hombro lleva,
lagar que ha de pisar,
el sólo racimo fértil
de aquella vid virginal.
En su delicado cuello
lleva el príncipe de Paz
de dos pesadas columnas
su imperio y cetro real.
Al son de trompetas tristes
pregones injustos dan:
esta es la justicia, dicen,
pero no dicen verdad.

Si, ésta es la envidia, dijeran
bien pudieran acertar;
mas siempre se vale el mundo
de las disculpas de Adán.

Dicen que al César hurtaba
la romana majestad,
por hacerse rey quien era
Hijo de Dios natural.

Mucho le pesa la cruz,
los pecados mucho más;
con ellos ha dado en tierra,
que no los puede llevar.

Llevadlos, Jesús querido,
que si vos no los lleváis,
esclavos seremos todos
del tirano Leviatán.

Cayó Cristo, y por la frente
con el golpe desigual
se le entraron las espinas
lo que faltaban de entrar.

Cególe el polvo los ojos,
si el sol se puede cegar;
la boca llena de sangre
se estampó en un pedernal.

Suspira el manso Cordero;
ayuda pidiendo está,
y á palos, golpes y coces
le vuelven á levantar.

Como tiraron la soga,
volviendo el cuerpo hacia atrás,
miró al cielo enternecido,
pero vióle sin piedad.

¡Ay, virginales entrañas!
los pasos apresurad,
y el angélico decoro,
si le queréis consolar.
Para conocer su rostro
desfigurado y mortal,
la imagen del Padre Eterno
con vuestras tocas limpiad.
Abrazadle, Virgen santa,
porque si vos le abrazáis,
al regalo desos pechos
consuelo el suyo tendrá.
Mas el descomedimiento
desa gente desleal
atropellará furioso
vuestra santa honestidad.
Mejor es, alma, que vos
con vuestra cruz le sigáis,
porque quien tras él la lleva,
ese le viene ayudar.
Que si de vuestros pecados
el peso a la cruz quitáis,
haréis que le pese menos,
y Cristo camine más.

AL PONER A CRISTO EN LA CRUZ

En tanto que el hoyo cavan,
adonde la cruz asiente
en que al Cordero levantan
figurado por la sierpe,
aquella ropa inconsútil,
que de Nazaret ausente
labró la hermosa María
después de su parto alegre,
de sus delicadas carnes,
quitan con manos aleves
los camareros que tuvo
Cristo al tiempo de su muerte.
No bajan á desnudarle
los espíritus celestes,
sino soldados que luego
sobre su ropa echan suertes.
Quitáronle la corona,
y abriéronse tantas fuentes,
que todo el cuerpo divino
cubre la sangre que vierten.
Al despegarle la ropa
las heridas reverdecen:
pedazos de carne y sangre
salieron entre los pliegues.
Alma, pegada en tus vicios,
si no puedes ó no quieres
despegarte en tus costumbres,
piensa en esta ropa y puede.

A la sangrienta cabeza
la dura corona vuelven;
que para mayor dolor
le coronaron dos veces.
Asió la soga un soldado
tirando a Cristo de suerte,
que donde va por su gusto
quiere que por fuerza llegue.
Dió Cristo en la Cruz de ojos,
arrojado de la gente,
que primero que la abrace
quieren que también la bese.
¡Qué cama os está esperando,
mi Jesús, bien de mis bienes,
para que el cuerpo cansado,
siquiera á morir se acueste!
¡Oh qué almohada de rosas
las espinas os prometen!
¡Qué corredores dorados
los duros clavos crueles!
Dormid en ella, mi amor,
para que el hombre despierte,
aunque más dura se os haga
que en Belén entre la nieve.
Que en fin, aquella tendría
abrigo entre las paredes,
las tocas de vuestra Madre
y el heno de aquellos bueyes.
¡Qué vergüenza le daría
al Cordero santo en verse,
siendo tan honesto y casto,
desnudo entre tanta gente!

¡Ay, divina Madre suya!
si ahora llegáis a verle
en tan miserable estado,
¿quién ha de haber que os consuele?
Mirad, Reina de los cielos,
si el mismo Señor es este,
cuyas carnes parecían
azucenas y claveles.
Mas ¡ay, Madre de piedad,
que sobre la cruz le tienden
para tomar la medida
por donde los clavos entren!
¡Oh, terrible desatino!
medir al Inmenso quieren:
pero bien cabrá en la cruz
el que cupo en el pesebre.
Ya Jesús está de espaldas,
y tantas penas padece,
que con ser la cruz tan dura,
ya por descanso la tiene.
Alma de pórfido y mármol,
mientras en tus vicios duermes,
dura cama tiene Cristo:
no te despierte la muerte.

AL LEVANTARLE EN LA CRUZ

Vuestro Esposo está en la cama:
alma, siendo vos la enferma,
partamos a visitarle,
que dulcemente se queja.
En la cruz está Jesús,
adonde dormir espera
el postrer sueño por vos;
bien será que estéis despierta.
Llegad y miradle echado,
enjugadle la cabeza,
que el rocío desta noche
le ha dado sangre por perlas.
Mas ¿cómo podría dormir?
que ya la mano siniestra
la clava un fiero verdugo:
nervios y ternillas suenan.
Poned, alma, el corazón,
si llegar a Cristo os dejan,
entre la cruz y la mano,
porque os lo claven con ella.
Mas, ¡ay Dios! que ya le tiran
de la mano que no llega
al barreno, que en la cruz
hicieron las suyas fieras.
Con una soga doblada
atan la mano derecha
del que a desatar venía
tantos esclavos con ella.

De su delicado brazo
tiran todos con tal fuerza,
que todas las coyunturas
le desencajan y quiebran.
Alma, lleguemos ahora
en coyuntura tan buena,
que no hallaréis mejor,
aunque está Cristo sin ellas.
Ya clavan la diestra mano
haciendo tal resistencia
el hierro, entrando el martillo,
que parece que le pesa.
Los pies divinos traspasan,
y cuando el verdugo yerra
de dar en el clavo el golpe,
en la santa carne acierta.
Hasta los pies y las manos
de Jesús los clavos entran,
pero a la Virgen María
las entrañas le atraviesan.
No dan golpes los martillos
que en las entrañas no sean
de quien fué la carne y sangre
que vierten y que atormentan.
A Cristo en la cruz enclavan
con puntas de hierro fieras,
y a María crucifican
la alma con clavos de penas.
Al levantar con mil gritos
la soberana bandera
con el Cordero por armas,
imagen de su inocencia.

cayó la viga en el hoyo,
y antes de tocar la tierra,
desgarrándose las manos,
dió en el pecho la cabeza.
Salió de golpe la sangre
dando color a las piedras,
que pues no la tiene el hombre,
bien es que tenga vergüenza.
Abriéronse muchas llagas,
que del aire estaban secas,
y el inocente Jesús
de dolor los ojos cierra.
Pusiéronle a los dos lados
dos ladrones por afrenta;
que a tanto llega su envidia,
que quieren que lo parezca.
Poned los ojos en Cristo,
alma, este tiempo que os queda,
y con la Virgen María
estad a su muerte atenta.
Decidle: Dulce Jesús,
vuestra cruz mi gloria sea.
Animo, a morir, Señor,
para darme gloria eterna.

A CRISTO EN LA CRUZ

¿Quién es aquel caballero,
herido por tantas partes,
que está de espirar muy cerca
y no le socorre nadie?
«*Jesús nazareno*» dice
aquel rótulo notable.
¡Ay, Dios, que tan dulce nombre
no promete muerte infame!
Después del reino y la patria,
«*Rey*» dice más adelante;
pues si es Rey, ¿cuándo de espinas
han usado coronarse?
Dos cetros tiene en las manos
mas nunca he visto que claven
a los Reyes con los cetros
los vasallos desleales.
Unos dicen que si es Rey,
de la cruz descienda y baje;
y otros, que salvando á muchos,
a sí no puede salvarse.
De luto se cubre el cielo
y el sol de sangriento esmalte;
o padece Dios, o el mundo
se disuelve y se deshace.
Al pie de la cruz María
está en dolor tan constante
mirando al Sol, que se pone
entre arreboles de sangre.

Con ella su amado primo
haciendo sus ojos mares,
Cristo los pone en los dos
más tierno porque se parte.
¡Oh, lo que sienten los tres!
Juan, como primo amante,
como Madre, la de Dios,
y lo que Dios, Dios lo sabe.
Alma, mirad cómo Cristo
para partirse a su Padre,
viendo que a su Madre deja,
le dice palabras tales:
—*Mujer, ves ahí a tu Hijo*—,
y a Juan, —*ves ahí a tu madre*—.
Juan queda en lugar de Cristo.
¡Ay, Dios, qué favor tan grande!
Viendo, pues, Jesús, que todo
ya comenzaba a acabarse;
—*sed tengo*—, dijo; que tiene
sed de que el hombre se salve.
Corrió un hombre y puso luego
a sus labios celestiales,
en una caña una esponja
llena de hiel y vinagre.
En la boca de Jesús
pones hiel, hombre ¿qué haces?
mira que por ese cielo
de Dios las palabras salen.
Advierte que en ella puso
con sus pechos virginales,
una ave su blanca leche,
a cuya dulzura sabe.

Alma, sus labios divinos
cuando vamos a rogarle,
¿cómo en vinagre y hiel
darán respuesta süave?
Llegad a la Virgen bella
y decidle con el Angel:
Ave, quitad su amargura,
pues que de gracia sois ave:
sepa al vientre el fruto santo,
y a la dulce palma el dátil;
si tiene el alma a la puerta
no tengan hiel los umbrales.
Y si dais leche a Bernardo,
porque de madre os alabe,
mejor Jesús la merece,
pues Madre de Dios os hace.
Dulcísimo Jesús mío,
aunque esos labios se bañen
en hiel de mis graves culpas,
Dios sois, como Dios habladme.
Habladme, dulce Jesús,
antes que la lengua os falte,
no os denciendan de la cruz
sin hablarme y perdonarme.

A LA MUERTE DE CRISTO

La tarde se oscurecía
entre la una y las dos,
que viendo que el Sol se muere
se vistió de luto el sol.
Tinieblas cubren los aires,
las piedras de dos en dos
se rompen unas con otras,
y el pecho del hombre no.
No cesan los serafines
de llorar con tal dolor,
que los cielos y la tierra
conocen que muere Dios.
Cuando Cristo está en la cruz
diciendo al Padre:—*Señor,*
¿por qué me has desamparado?—
¡ay Dios, qué tierna razón!
¿qué sentiría su Madre
cuando tal palabra oyó,
viendo que su hijo dice,
que Dios le desamparó?
No lloréis, Virgen piadosa,
que aunque se va vuestro amor,
antes que pasen tres días
volverá a verse con vos.
Pero como las entrañas
que nueve meses vivió,
verán que corta la muerte
fruto de tal bendición,

—¡Ay, hijo!, la Virgen dice:
¿qué madre vió como yo
tantas espadas sangrientas
traspasar su corazón?
¿Dónde está vuestra hermosura?
¿quién los ojos eclipsó,
donde se miraba el cielo
como de su mismo autor?
Partamos, dulce Jesús,
el cáliz de esta pasión,
que vos le bebéis de sangre
y yo de pena y dolor.
¿De qué me sirvió guardaros
de aquel rey que os persiguió,
si al fin os quitan la vida
vuestros enemigos hoy?—
Esto diciendo la Virgen,
Cristo el espíritu dió,
Alma, si no sois de piedra,
llorad, pues la culpa sois.

A LA EXPIRACION DE CRISTO

Desamparado de Dios,
del hombre puesto en un palo,
el alma tiene Jesús
en sus santísimos labios.
A su eterno Padre mira
abriendo los ojos santos,
que ya cerraba la muerte
atrevida el velo humano.
Con voz poderosa dice
(cielos y tierra temblando),
—*Mi espíritu, Padre mío,*
pongo en tus sagradas manos—.
Abajando la cabeza
sobre el pecho quebrantado,
a la muerte dió licencia
para que flechase el arco.
Espiró el dulce Jesús,
y del sangriento holocausto
sale aquella alma obediente
dejando el cuerpo entre clavos.
Desnudo y muerto sin honra
mira el Padre soberano
a su dulcísimo Hijo
por un miserable esclavo.
No manda que de la cruz
los espíritus alados
le desprenda y le entierren
en urnas de jaspe y mármol:

manda al sol que se retire,
y él lo hiciera sin mandarlo,
por no ver desnudo a Cristo
hecho a tormentos pedazos.
Manda que se vistan luto
los celestes cortesanos,
y que se apaguen las luces
de estrellas, planetas y astros;
que la tierra y mar se turben,
y que los hombres ingratos
sepan que ha muerto por ellos
un hijo que quiere tanto.
Rompióse el velo del templo,
cayeron los montes altos,
abriéronse los sepulcros,
y hasta las piedras hablaron.
Mas llamando encantamientos
el pueblo tales milagros,
quebrarle quiere los huesos
que sólo quedaban sanos.
Y como le hallaron muerto
por ir seguro un soldado,
puso la lanza en el ristre
arremetiendo el caballo.
Y abrió por el santo pecho
tal herida a Cristo santo,
que se le vió el corazón
como buen enamorado.
El corazón que los hombres
vieron en obras tan claro
quiso que también se viese
dar agua, de sangre falto.

Alma, a la Virgen María
considera en este paso,
pues la traspasa el dolor,
si a Cristo el hierro inhumano.
¿Qué queréis a un hombre muerto?
le diría el lirio casto;
mas bien hacéis, pues yo vivo,
que soy de Cristo retrato.
Ya del nuevo Adán dormido,
y de su abierto costado,
sale la Iglesia, su esposa;
para en uno son entrambos.
Ya salen los sacramentos,
ya el bautismo y el pan santo,
que como es honor de amor,
sale el pan Dios abrasado.
En la ventana del cielo
ha quitado Dios el marco,
para que vean los hombres
que no tiene más que darlos.
Pues, dulcísimo Jesús,
si después de pies y manos
también dais el corazón,
¿quién podrá el suyo negaros?

EL ALMA, A CRISTO NUESTRO SEÑOR EN LA CRUZ

Entre estas cinco llagas,
oh Cristo soberano,
y al son de sus corrientes
comenzaré mi llanto:
¿Cómo estáis de esa suerte,
decid, Cordero casto
pues, naciendo tan limpio,
de sangre estáis bañado?
La piel divina os quitan
las sacrílegas manos,
no digo de los hombres,
pues fueron mis pecados.
Aquella blanca Niña
tan virgen en el parto
como antes y después,
más pura que el sol claro,
parió vuestra hermosura
de solos catorce años,
en un pesebre humilde
como a cordero manso.
Y desde el mismo día
siempre os está mirando
vertiendo por el hombre
la sangre que os ha dado
Jesús, de María
Cordero santo,
pues miro vuestra sangre,
mirad mi llanto.

Bien sé, Pastor Divino,
que estáis subido en alto
para llamar con silbos
tan perdido ganado.
Ya os oigo, Pastor mío,
ya voy a vuestro pasto,
que como vos os dais
ningún pastor se ha dado.
Pelícano amoroso,
con sangre estáis llamando
que corre a toda priesa
de pies, costado y manos.
Esclava vuestra soy,
ponedme vuestros clavos,
quitadlos, vida mía,
descansaréis los brazos.
¡Ay de los que se visten
de telas y brocados,
estando vos desnudo
en un desierto campo!
¡Ay de aquellos que comen
manjares delicados,
porque la fénix sola
se escapa de su plato!
¡Ay de aquellos que beben
en cristales nevados
vinos de aromas llenos,
gustosos preciados,
cuando hiel y vinagre
les ponen por regalo,
en una amarga esponja
a vuestros dulces labios!

¡Ay de aquellos que ponen
en plática de manos
las sangrientas venganzas
de injurias y de agravios,
estando vos, Dios mío,
al Padre Soberano,
por vuestros enemigos
con dulce voz rogando.
Jesús, de María,
Cordero santo,
pues miro vuestra sangre,
mirad mi llanto.
¿Qué piedra o bronce duro,
qué acero, jaspe o marmol
qué basilisco fiero
os puede estar mirando,
sin destilar el alma
por los ojos turbados
como quien es la culpa
en amoroso llanto?
¡Tenedme, Señor mío,
mirad que me desmayo!
¡Más, ay, que estás asido
con esos fuertes clavos!
Nadie tendrá disculpa
diciendo que cerrado
halló jamás el cielo,
si el cielo va buscando.
Pues vos con tantas puertas
en pies, costado y manos,
estáis a todas horas
llamando y aun rogando.

¡Ay, si los clavos vuestros,
para llegarme tanto,
clavaran a vos mismo
mi corazón ingrato!
¡Ay, si vuestra corona,
por este breve rato,
pasara a mi cabeza
y os diera algún descanso!
¡Ay, si me deshicieran
esos divinos rayos
en fuego de amor vuestro
en que por vos me abraso!
Jesús, de María
Cordero santo,
pues miro vuestra sangre,
mirad mi llanto.

AL BAJAR DE LA CRUZ

Las entrañas de María
con nuevo dolor traspasan
los martillos que a Jesús
de la alta cruz desenclavan.
¿Quién dijera, dulces prendas,
para tanto bien halladas,
que para alcanzar el cielo,
hubiera en la tierra escalas?
Mas ¿qué mucho que le alcancen
a la cruz santa animadas,
ni que hecho pedazos venga
si el cielo a la tierra baja?
Ya no cae sangre de él,
porque si alguna quedara
otra lanzada le dieran;
mas fué desengaño el agua.
Junto al sangriento cabello,
formando una esponja helada,
devanando en las espinas
aquella madeja santa,
los clavos baja a la Virgen
Nicodemus, porque vayan
desde el cuerpo de su hijo
a crucificar el alma.
Con trabajo y con dolor,
José la corona saca,
por estar en la cabeza
por tantas partes clavada.

A la Virgen la presenta,
que las azucenas blancas
de sus manos vuelve rosas,
y de su sangre las baña.
Ningún martirio de Cristo,
si no es la corona sacra,
tocó en el cuerpo a la Virgen,
pues la hirió para tomarla.
Sacan sangre las espinas
a sus manos delicadas,
que junta con la de Cristo,
para mil mundos bastara.
Y aunque del Hijo una gota
para muchos más sobraba,
parece que aquí la Virgen
con deseos le acompaña.
También la pone en la boca,
porque a su esposo le agrada
que sea lirio entre espinas
la que fué venda de grana.
Ahora, hermosa María,
parecéis la verde zarza,
que aunque el fuego os bajan muerto,
bien arden vuestras entrañas.
Recibidle, gran Señora,
que de la sangrienta cama,
Juan, Magdalena y José
a vuestros brazos le pasan.
En ellos estuvo el Niño
haciendo y diciendo gracias,
las de su Padre tenía,
que fué su misma Palabra

Tomad esas manos frías,
y diréis; viendo las palmas:
¡qué hombre tan manirroto!
No es mucho, si reinos daba.
Tomad los pies, y veréis
qué bien el mundo le paga,
treinta y tres años que anduvo
solicitando su causa.
Poned en vuestro regazo
la cabeza soberana,
y veréis que vuestro esposo
ya no os alegra y regala.
Y si el costado miráis,
y aquella profunda llaga,
Dios os dé paciencia, Virgen,
porque consuelo no basta,
Alma, por quien Dios ha muerto,
y muerte de tanta infamia,
mira a tu Madre divina,
y dile con tiernas ansias:
—Desnudo, roto y difunto,
os lo vuelven, Virgen santa,
naciendo, os faltaron paños,
muriendo, mortaja os falta—.
Pidámosla de limosna,
o entiérrele en pobres andas
la santa misericordia,
pues ella misma le mata.

AL ENTIERRO DE CRISTO

A los brazos de María,
y a su divino regazo,
vienen a quitarle a Cristo
los que a la cruz le quitaron.
Porque en entrambos fué cierto
que estuvo crucificado,
en María con dolores,
y en la cruz con fuertes clavos.
Sus camas fueron las dos,
al oriente y al ocaso,
la una para la muerte,
y la otra para el parto.
Hincáronse de rodillas
los venerables ancianos,
a la Madre muerta en Cristo,
y a Cristo muerto en sus brazos.
—Dadnos, le dicen, Señora,
dadnos el difunto santo,
que en la tierra ni en el cielo
hay ojos para mirarlo.
Dádnosle, pues nos le disteis,
que queremos enterrarlo,
para que diga la tierra
que tuvo al cielo enterrado.

Y porque sepan los hombres
que estuvo el cielo tan bajo,
que ya pueden, si ellos quieren,
alcanzarle con las manos—.
—Tomad, responde María,
madre suya y mar de llanto,
el cuerpo que entre los hombres
pasó mayores trabajos.
Escondedle en el sepulcro,
porque le persiguen tantos,
que aun allí no está seguro
de que vuelvan a buscarlo.
Nueve meses solamente
que estuvo en mi virgen claustro,
de la envidia de los hombres
le pude tener guardado.
Que el Bautista que le vió
lo dijo con sobresaltos,
y en voz expresa después
pasados treinta y tres años.
Tomad, y enterradle, amigos;
las piedras sabrán guardarlo
mejor que el pecho del hombre
que le vendió como ingrato—.
Mientras para su mortaja
la Virgen está rasgando
las telas del corazón,
velo de su templo casto,
cielo y tierra previnieron
el triste entierro enlutado:
la tierra los edificios,
y el cielo los aires claros.

Todas las hachas del cielo
iban delante alumbrando,
pero el luto de la tierra
no dejaba ver sus rayos.
Sol y luna sangre visten,
porque el cielo en tanto agravio
mostró sangre en sus dos ojos,
para señal de vengarlo.
Levantándose los muertos
de sus sepulcros helados,
que como entierran la vida,
la que quisieron tomaron.
Las cajas fueron las piedras
unas con otras sonando,
que era Cristo-capitán,
y con cajas lo enterraron.
Hízose el velo del templo,
no sin causa, dos pedazos,
para que hubiese bandera,
que llevasen arrastrando.
No vinieron sacerdotes,
aunque estaban consagrados,
que siendo Dios el difunto,
no eran menester sufragios.
El se llevaba la ofrenda,
pan y vino soberano,
la misa y el sacrificio
que él consumó espirando.
Iba su Madre detrás,
y un mozo, su primo hermano,
que se le dejó por hijo
en su testamento santo.

Llegaron con el difunto,
y la ballena de mármol
recibió para tres días,
aquel Jonás sacrosanto.
¡Alma! la Virgen se vuelve,
a acompañarla volvamos,
pues con ella volveremos
a verle resucitado.

A LA SOLEDAD DE NUESTRA SEÑORA

Sin Esposo porque estaba
José de la muerte preso;
sin Padre, porque se esconde;
sin Hijo, porque está muerto;
sin luz, porque llorá el sol;
sin voz porque muere el Verbo;
sin alma, ausente la suya;
sin cuerpo, enterrado el cuerpo;
sin tierra, que todo es sangre;
sin aire, que todo es fuego;
sin fuego, que todo es agua;
sin agua, que todo es hielo;
con la mayor soledad
que humanos pechos se vieron,
pechos que hubiesen criado,
aunque virginales pechos,
a la cruz, de quien pendía
un rojo y sangriento lienzo,
con que bajó de sus brazos
Cristo sin alma, y Dios muerto,
la sola del Sol difunto
dice, con divino esfuerzo,
estas quejas lastimosas
y estos piadosos requiebros:
—¡Oh, retrato victorioso,
donde el capitán eterno,
por dar a los hombres vida
venció la muerte muriendo!

¡Oh escala de otro Jacob
mas con tres pasos de hierro,
tan alta, que por subirla,
pies y manos puso en ellos!
¡Oh caja de mis cuchillos!
¡Oh mesa, en que estuvo puesto
aquel soberano Pan
atravesado en el leño!
pues solos nos han dejado,
yo sin Hijo y vos sin dueño
consolémonos los dos,
pues los dos nos parecemos.
Hízome Dios cruz divina
para nacer de mi pecho,
y a vos por mayor favor
para morir en el vuestro.
Pues como a Dios os adoran
ángeles,. hombres y cielos,
morir en vos fué lo más,
y nacer de mí lo menos.
Más merecen vuestros brazos
las horas que le tuvieron,
que los años que los míos
le dieron dulce sustento.
Madre suya parecéis
en darle al mundo aunque muerto;
pero dáisle mis dolores,
y yo le parí sin ellos.
Leona sois en el parto,
aunque yo os lo dí Cordero
más pues que en blanco os le dí,
¿por qué me le dáis sangriento?

Cuando mi parto no os ví,
y vos me véis en el vuestro,
aunque pues fué sobre tablas,
bien puede pensar maderos.
Bien me llamaron María
por la amargura que tengo
o porque vos, nave santa,
habéis pasado mi estrecho.
Pero puesto que soy mar,
tanta ventaja os confieso,
que desde que fuistes fuente
en vuestras aguas me anego.
Fué del Espíritu Santo
mi virgen vientre cubierto,
para que estando a su sombra
sufriese el Sol tan inmenso.
Y aquí a la sombra de un árbol
vivo de mi Sol tan lejos,
que con ser del cielo gloria
amanece en el infierno.
Huerto me llamó mi esposo,
mas no pensé que mi huerto
hubiera un árbol tan fuerte
que tuviera a Dios en peso.
Aquel fruto soberano
fué de mi vientre primero:
nació como trigo en pajas;
racimo me le habéis hecho.
¡Oh dulce leña de Isaac,
llevada en hombros tan tiernos!
dadme esa estampa de sangre,
pues que no me dáis el cuerpo—!

Dijo la Virgen María,
y dándole dulces besos,
dió rosas y tomó rosas
la zarza verde en el fuego.
Corazón de piedra dura,
quedad llorando deshecho,
que la muerte de Dios Hombre
las piedras parte por medio.

LA MISA DE JESUCRISTO

Juramento hizo el Padre
con su soberana voz,
y no le pesó de hacerlo,
pues que tan bien le cumplió,
de hacer Sacerdote a *Cristo,*
que para siempre ordenó
con aquel orden divino
que a Melchisedech ungió.
Con *alba* de humanidad
su divinidad vistió,
y antes que dijese misa,
su Evangelio predicó.
Al decir el *Introibo*
por Jerusalén entró,
donde hubo mil *Aleluyas,*
con ser Misa de Pasión.
De su cuerpo y de su sangre
un jueves instituyó
sobre el altar de una mesa
el Sacramento mayor.
Un Sacerdote de aquéllos,
vendiendo el pan que comió,
antes de acabar la Misa
de la Iglesia se salió.
De tres que le respondían
a la primera oración,
Pedro, que era de Evangelio,
en un huerto le ayudó.

Mas como después errase
parte de la *confesión,*
aunque era Misa rezada,
por él un gallo cantó.

Alzóse la hostia en alto
y el *Cáliz* de bendición,
al pasar el de amargura,
que tanto beber temió.

En lugar de darse al *Agnus*
el pueblo ingrato y traidor
golpes en los mismos pechos,
al cordero se los dió.

En el *Consummatum est*
finalmente *consumió,*
bebiendo el gran Sacerdote
el Cáliz de su Pasión.

Los Acólitos que estaban
al pie del altar mayor,
viendo la Misa en el fin
lloraban de tierno amor.

Juan, que fué el Evangelista,
de María se encargó,
que antes de bajar las gradas,
por hijo le recibió.

Llegó el *Ite, Missa est,*
y en una cruz expiró,
abriendo al pueblo los brazos,
que *Deo Gracias* respondió.

A JESÚS CRUCIFICADO

Manso cordero ofendido,
puesto en una cruz por mí,
que mil veces os vendí
después que fuistes vendido;
Dadme licencia, Señor,
para que, deshecho en llanto,
pueda en vuestro rostro santo
llorar lágrimas de amor.
¿Es posible, vida mía,
que tanto mal os causé?
¿que os dejé, que os olvidé,
ya que vuestro amor sabía?
Tengo por dolor más fuerte
que el veros muerto por mí,
el saber que os ofendí
cuando supe vuestra muerte.
Que antes que yo la supiera,
y tanto dolor causara,
alguna disculpa hallara,
pero después no pudiera.
¡Ay de mí, que sin razón
pasé la flor de mis años
en medio de los engaños
de aquella ciega afición!
¡Qué de locos desatinos
por mis sentidos pasaron,
mientras que no me miraron,
sol, vuestros ojos divinos!

Lejos anduve de vos,
hermosura celestial,
lejos y lleno de mal,
como quien vive sin Dios.
Mas no me haber acercado
antes de ahora, sería
ver que seguro os tenía,
porque estábades clavado.
Que a fe que si lo supiera
que os podíades huir,
que yo os viniera a seguir
primero que me perdiera.
¡Oh piedad desconocida
de mi loco desconcierto,
que donde vos estáis muerto
está segura mi vida!
Pero, ¿qué fuera de mí
si me hubiérades llamado,
habiéndome transformado
en lo primero que fuí?
Bendigo vuestra piedad,
pues me llamáis a que os quiera,
como si de mí tuviera
vuestro amor necesidad.
Vida mía, vos a mí
¿en qué me habéis menester,
si a vos os debo mi ser,
cuanto soy y cuanto fuí?
¿Para qué puedo importaros,
si soy lo que vos sabéis?
¿qué necesidad tenéis?
¿qué cielo tengo que daros?

¿Qué gloria buscáis aquí?
que sin vos, mi bien eterno,
todo parezco un infierno;
mirad cómo entráis en mí.
Pero ¿quién puede igualar
a vuestro divino amor?
como vos amáis, Señor,
¿qué serafín puede amar?
Yo os amo, Dios soberano,
no como vos merecéis,
pero cuanto vos sabéis
que cabe en sentido humano.
Hallo tanto que querer,
que estoy tan tierno por vos,
que si pudiera ser Dios
os diera todo mi ser.
Toda el alma, de vos llena,
me saca de mí, Señor;
dejadme llorar de amor,
como otras veces de pena.

ÍNDICE

	Páginas
la despedida de Cristo nuestro bien de su Santísima Madre	3
lavatorio del falso Apóstol	6
la Oración del Huerto	9
Cristo en casa de Anás	12
los Azotes	16
la Corona de Espinas	19
Ecce-Homo	22
la Cruz a Cuestas	25
poner a Cristo en la Cruz	28
levantarse en la Cruz	31
Cristo en la Cruz	34
la muerte de Cristo	37
la expiración de Cristo	39
alma, a Cristo Nuestro Señor en la Cruz	42
bajar de la Cruz	46
entierro de Cristo	49
a soledad de Nuestra Señora	53
Misa de Jesucristo	57
Jesús Crucificado	59

SAINT PETER'S COLLEGE LIBRARY
JERSEY CITY, NEW JERSEY 07306

Date Due

Library Bureau Cat. no. 1137

ST. PETER'S COLLEGE LIBRARY
3 6980 00172 7370
2536
SAINT PETER'S COLLEGE LIBRARY
JERSEY CITY, NEW JERSEY 07306
PQ 6455 .A35 R7 1918
Vega, Lope de, 1562-1635.
Sagrada pasion de nuestro Senor Jesucristo
Saint Peter s University Library
Withdrawn

S0-GRX-265